

André Maurois

# Ariel o la vida de Shelley

Las páginas que vienen a continuación ofrecen, vertida al Castellano, la primera parte de la Vida de Shelley publicada por André Maurois en la «Revue Hebdomadaire» y reunida recientemente en un volumen.

La gracia, el colorido, el encanto atrayente del estudio de Maurois, nada han perdido, como el lector podrá juzgarlo, en esta traducción de Alone, cuya primera parte ofrecemos hoy, para continuarla en las ediciones siguientes.

## I



EN 1809, el Rey Jorge III de Inglaterra nombró director del aristocrático colegio de Eton al doctor Keate, hombrecillo terrible que consideraba los bastonazos como un elemento necesario en el camino de toda perfección moral y que terminaba sus sermones diciendo:

—Sed bondadosos, niños, o bien os golpearé hasta que lo seáis.

Los «gentlemen» y los ricos mercaderes, cuyos hijos educaba, veían sin disgusto esa piadosa ferocidad y consideraban singularmente estimable al hombre que había azotado a casi todos los primeros ministros, obispos y generales del reino.

En aquel tiempo, toda disciplina severa era bien recibida por la aristocracia. La Revolución Francesa acababa de mostrar los peligros del liberalismo en las clases altas. La Inglaterra oficial, alma de la Santa Alianza, creía combatir en Napoleón a la filosofía coronada y exigía de sus escuelas públicas una generación sabiamente hipócrita.

Para domar el posible ardor de los jóvenes aristócratas de Eton se habían organizado los estudios con una prudente frivolidad. Después de cinco años de clases, los alumnos habían leído dos veces a Homero, casi todo Virgilio, una parte de Horacio y eran capaces de componer epigramas latinos sobre Wellington y Nelson. La afición a las citas se había desarrollado a tal punto que una vez Pitt se interrumpió en medio de un verso de la Eneida y toda la Cá-

mará. Whigs y Tories, levantándose, terminó la estrofa. Bello ejemplo de cultura homogénea. Las ciencias eran facultativas, por lo tanto, nulas; la danza era obligatoria. En cuanto a la religión, Keate juzgaba criminal dudar de ella e inútil comentarla. El doctor le temía al misticismo aun más que a la indiferencia. Admitía las risas en la iglesia y no obligaba a observar muy bien el reposo dominical. Conviene añadir, para señalar el maquiavelismo, talvez inconsciente, de semejante educador, que no le disgustaba que le mintieran un poco sus alumnos. «Signo de respeto» decía.

Costumbres tradicionales, bastante bárbaras, regían las relaciones de los educandos entre sí. Los menores eran «fags» o esclavos de los mayores. Cada «fag» le hacía la cama a su soberano, le subía el agua para el lavatorio, le escobillaba la ropa y le lustraba los zapatos. Toda desobediencia era castigada con suplicios convenientes. Un niño escribe a sus padres, no para quejarse, si no para contar lo que ha hecho en el día: «Rolls, de quien soy «fag», se había puesto espuelas y quería hacerme saltar una acequia demasiado ancha. A cada intento, me espoleaba. Naturalmente, me sangran las costillas, los Poetas Griegos cayeron al agua y tengo todo el traje roto...»

Se cultivaba el box... Un combate fué tan violento que un niño quedó muerto en el «ring». Keate fué a ver el cadáver y dijo:—Esto es lamentable; pero ante todo un alumno de Eton debe estar siempre pronto a devolver golpe por golpe.

El objeto profundo del sistema era formar caracteres duros en un molde único. La independencia de los actos era grande, pero la originalidad de los pensamientos, el traje o la expresión se consideraba un crimen. De lo cual resultaba una igualdad efectiva. Los alumnos de una misma división eran compañeros y no admitían jactancias de nacimiento ni fortuna. Un recién llegado dijo:— Soy Lord A... hijo del duque de S... Todos los muchachos le dieron dos puntapiés en buena parte, una vez por el lord, otra por el duque. El interés algo vivo por los estudios o las ideas considerábase una afectación que debía corregirse a fuerza de golpes.

Tal cual lo describimos, este sistema distaba mucho de disgustar a la mayoría de los jóvenes ingleses. El orgullo de participar en las tradiciones de un colegio tan antiguo, fundado por un rey y siempre protegido por los reyes, les compensaba todos los sufrimientos. Sólo algunas almas sensibles sufrían. Por ejemplo, el joven Percy Bisshe Shelley, hijo de un riquísimo propietario de Sussex y nieto de Sir Bysshe Shelley, baronet, no parecía aclimatarse. Este niño de una extremada belleza, ojos azul vivo, cabellos rubios y ondulados, delicada tez, mostraba una inquietud moral sumamente rara en hombre de su rango y tenía una tendencia inverosímil a discutir las reglas mejor establecidas.

Cuando llegó al colegio, los capitanes del sexto año, viendo ese cuerpo frágil, ese rostro angélico, esas miradas de niña, lo creyeron de carácter tímido y se imaginaron que les costaría poco trabajo someterlo. Pronto vieron que cualquier amenaza precipitaba al joven Shelley en una apasionada resistencia. Una voluntad

inquebrantable en un cuerpo demasiado débil para sostener sus resoluciones lo predestinaba a la revuelta. Sus ojos, de una dulzura soñadora en estado de calma, tomaban bajo la influencia del entusiasmo un fulgor salvaje. La voz, de ordinario grave y dulce, se le ponía estridente y casi dolorosa.

Su amor a los libros, su desprecio de los juegos, sus cabellos al viento, la camisa abierta sobre un cuello femenino, todo en él chocaba a los censores encargados de mantener en la pequeña sociedad la elegante brutalidad de que estaba orgullosa. Habiendo encontrado, desde el primer día de su llegada a Eton, que la tiranía de los «fags» era contraria a la dignidad humana, rehusó secamente servir; lo cual lo puso fuera de la ley.

Llamábanlo «Shelley el loco». Los más poderosos inquisidores emprendieron la tarea de salvarlo por la tortura, pero renunciaron al combate singular, porque lo hallaban capaz de todo. Se batía como una mujer, con las manos abiertas, mordiendo y arañando.

La caza de Shelley, en partida organizada, convirtiéndose en uno de los grandes entretenimientos de Eton. Algunos exploradores descubrían al extraño animal leyendo un poeta junto al río y daban inmediatamente la voz de alarma. Al viento los cabellos, a través de las praderas, de las calles de la ciudad, de los claustros del colegio, Shelley emprendía la fuga. Cercado al fin contra un muro, como un jabali de los bosques, lanzaba un grito penetrante. A golpes de piedras y pelotas de fango el grupo de alumnos lo inmovilizaba en el sitio. Una voz exclamaba: —¡Shelley! Otra repetía: —¡Shelley! Y todos los ecos de las viejas murallas devolvían los gritos de «¡Shelley!» en tono sobreagudo. Un «fag» cortesano le tiraba las vestiduras, otro le daba pellizcos, un tercero, deslizándose traídoramente, de un puntapié hacía caer al barro el libro que el muchacho apretaba convulsivamente bajo el brazo. Entonces todos los dedos apuntaban a la víctima y un nuevo grito de ¡Shelley! ¡Shelley! acababa de exasperar sus nervios. La crisis esperada por los atormentadores sobrevenía al fin, un acceso de loco furor que le hacía brillar los ojos, palidecer las mejillas, temblar todos los miembros.

Fatigado de un espectáculo monótono, el colegio volvía a sus juegos ordinarios. Shelley recogía sus libros manchados de lodo y, solo, pensativo, encaminábase lentamente a los bellos prados que bordean el Támesis. Sentado en la yerba soleada, miraba correr el agua. El agua corriente posee, como la música, el dulce poder de transformar la tristeza en melancolía. Ambas, por la continua fuga de sus elementos flúidos, insinúan suavemente en las almas la certidumbre del olvido. Las torres macizas de Windsor y de Eton levantaban alrededor del niño rebelde un mundo hostil e inmutable; pero la temblorosa imagen de los sauces en la corriente lo apaciguaba por su fragilidad.

Volvía a sus libros: eran Diderot, Voltaire, el Sistema de Holbach. Admirar a esos franceses aborrecidos por sus maestros parecía digno de su valor. Una obrita que los resumía era su lectura predilecta: la Justicia Política de Godwin. En Godwin todo parecía simple. Si los hombres lo hubieran leído, el mundo hubiera vivido en una felicidad idílica. Si hubieran escuchado la voz de la razón, es decir, de Godwin, dos horas de trabajo diario hubieran bastado para alimen-

tarlos. El amor libre reemplazaría las tontas convenciones del matrimonio. La verdadera filosofía tomaría el puesto de los terrores supersticiosos. ¡Ay! la ignorancia endurecía los corazones.

Shelley cerraba el libro, tendíase al sol en medio de las flores y meditaba sobre la miseria de los hombres. Desde los edificios medioevales del colegio próximo, el murmullo confuso de las voces de la estupidez llegaba hasta ese encantador paisaje de árboles y arroyos. Alrededor suyo, en la paz de la campiña, ningún rostro burlón lo observaba. El niño al fin dejaba correr las lágrimas y apretando con energía sus dos manos, hacía en alta voz este extraño juramento: —Juro ser sabio, justo y libre, en cuanto esté en mi poder serlo. Juro no hacerme cómplice, ni aun por mi silencio, de los egoístas y los poderosos. Juro consagrar mi vida a la belleza...

Si el Doctor Keate hubiera podido ser testigo de un acceso de ardor religioso tan lamentable en un establecimiento bien organizado, seguramente habría aplicado al caso su método favorito.

## II

Durante las vacaciones, el esclavo refractario convertíase en príncipe heredero. M. Timothy, su padre, poseía el castillo de Field-Place en Sussex, enorme caserón blanco, bien construido, rodeado de un parque y de grandes bosques. Allí Shelley encontraba a sus cuatro hermanas, todas bonitas, a un hermanito de tres años, al cual enseñaba a gritar ¡Diablo! para escandalizar a los devotos, y a su bella prima Harriet que, según dicen, se le parecía.

El jefe de la familia, sir Bysshe Shelley, vivía en la ciudad. Era un gentil-hombre de vieja cepa inglesa, que se gloriaba de ser rico como un duque y de vivir como un labrador. Alto de seis pies, imponente, muy hermoso de rostro, sir Bysshe tenía el ingenio vivo y cínico. Los nietos habían heredado sus ojos azules y brillantes.

Gastó ochenta mil libras esterlinas en construir un castillo que no habitaba por los gastos del mantenimiento y residía en un pequeño «cottage» con un solo sirviente. Pasaba el tiempo en las tabernas del villorrio, vestido como un campesino, conversando de política con los viajeros. De América había traído una especie de «humour» brutal que aterraba a los buenos muchachos. Dos de sus hijas se habían sentido tan desdichadas en el hogar que se fugaron: pretexto excelente para no dotarlas. Su único afán era redondear una fortuna ya inmensa y trasmirla intacta a numerosas generaciones de Shelleys. Con este objeto había vinculado la mayor parte de sus dominios en un mayorazgo inalienable que Percy debía heredar con exclusión total de sus hermanos y hermanas. Considerando a su nieto como un elemento necesario para su ambición póstuma, tenía cierto afecto. A su hijo Timothy, que hacía frases, lo despreciaba.

M. Timothy Shelley, miembro del Parlamento, era como su padre, grande y bien hecho, muy rubio y muy imponente. Tenía mejor corazón que sir Bysshe; pero no su inteligencia. Sir Bysshe, egoísta descarado, gustaba por esa especie

de sencillez natural que es el encanto de los cínicos. M. Timothy tenía buenas intenciones; lo cual lo hacía insoportable. Amaba las letras con esa irritante torpeza de los iletrados. Afectaba un respeto mundano por la religión, una tolerancia agresiva por las ideas nuevas, una filosofía pomposa. Complaciale declararse liberal en opiniones políticas y religiosas, pero no chocar con las gentes de su círculo. Amigo de los duques católicos de Norfolk, hablaba con agrado de la emancipación de los católicos irlandeses, audacia grande de que estaba soberbio y aun algo espantado. Le venían fácilmente lágrimas a los ojos; pero se ponía feroz cuando intervenía su vanidad. En la vida privada tenía maneras afables; pero habría querido conciliar la suavidad de las palabras con el despotismo de los actos. Diplomático en las cosas pequeñas, brutal en las importantes, inofensivo e irritante, estaba hecho para incomodar los nervios de un juez severo y el fastidio causado por la tonta charlatanería de su padre contribuyó no poco a arrojar a Shelley en la rebeldía intelectual. En cuanto a Mrs. Shelley, había sido la más linda muchacha de Sussex. Gustábanle los hombres batalladores y caballerescos y miraba con ironía a su hijo mayor partir para el bosque llevando bajo el brazo un libro en vez de un fusil.

A los ojos de sus hermanas, Shelley era un sér sobrehumano. En cuanto ese hermano de los cabellos rubios y flotantes, de los ardientes ojos, llegaba de Eton, la casa se poblaba de huéspedes fantásticos, el parque de Mr. Timothy se animaba con murmullos confusos como en el Sueño de una Noche de Estío y las muchachas no vivían sino en medio de un agradable terror.

Le gustaba impregnar en misterio los tranquilos objetos cotidianos. En cada hoyo de los viejos muros enterraba un bastón para buscar pasajes secretos. En el granero descubrió una pieza siempre cerrada con llave. Allí, decía, habitaba un alquimista de larga barba, el terrible Cornelius Agrippa. Cuando se oía un ruido en el granero, era Cornelius que derribaba la lámpara. Durante toda una semana, la familia Shelley trabajó en el jardín cavando una cueva para Cornelius.

Otros monstruos se despertaban a la llegada del estudiante. La gran tortuga que dormía en el estanque, la vieja serpiente, espantoso reptil que había frecuentado realmente los caminos del parque y que un jardinero mató con la pala.

—Ese jardinero, niñitas, ese jardinero que parecía un hombre como cualquiera, como Uds. y como yo, era en realidad el Tiempo que hace perecer a los monstruos legendarios.

Porque el maestro Percy Shelley no perdía ocasión de combatir las supersticiones.

Lo que hacía deliciosas esas mentiras era que el inventor mismo no estaba muy seguro de inventarlas. Las historias de brujas y fantasmas habían perturbado su nerviosa infancia. Pero mientras más les temía, más se empeñaba en desafiarlos. Habiendo trazado un círculo en la tierra y encendido alcohol en un tiesto, envuelto en la llama azuleja, comenzaba:—Demonios del aire y del fuego...—Ah! ¿qué hace usted, Shelley?—le interrumpió un maestro de Eton, el solemne y magnífico Bethell.—Con su permiso, señor, evoco al Diablo.

También en el campo el Señor de las Tinieblas fué llamado frecuentemente por una voz juvenil, aguda y firme. A veces los niños recibían del hermano mayor la alegre orden de disfrazarse de espíritus y demonios. Y con frecuencia, en esos juegos románticos, la química tomaba el sitio de la alquimia. Shelley era extraño a la disciplina científica; pero le gustaban los aspectos mágicos de la ciencia. Armado de una máquina que se acababa de inventar, electrizaba al respetuoso batallón de muchachas. Cuando la más niña, la pequeña Hellen, le veía provisto de una botella y un alambre, se ponía a llorar.

Pero las discípulas predilectas de Shelley eran la mayor de sus hermanas, Elisabeth, y su bella prima Harriet Grove. Una sensualidad naciente y una investigación apasionada de la verdad unía a los tres jóvenes. Los primeros movimientos del deseo comunican siempre a las ideas el encanto natural y poderoso de las caricias. Shelley llevaba a sus hermosas alumnas hacia el Cementerio, sitio que la presencia misteriosa de los muertos revestía a sus ojos de un poético prestigio. Sentado en una tumba rústica, protegido contra M. Timothy por la sombra de una antigua iglesia, rodeaba con sus brazos los talles flexibles y delante de las claras miradas atentas comentaba el mundo y los dioses.

El cuadro que les pintaba del mundo era simple. Por un lado, el vicio: reyes, sacerdotes, ricos. Por otro, la virtud: filósofos y miserables. Por un lado la religión al servicio de la tiranía; por otro Godwin y su Justicia Política. Sobre todo, les hablaba de amor.

«Las leyes pretenden imponer reglas a nuestros sentimientos naturales. ¡Qué locura! Cuando los ojos divisan un ser encantador, el corazón se inflama. ¿Cómo evitarlo? El amor se marchita en una atmósfera estrecha. Su esencia reside en la libertad. Es incompatible con la obediencia, con los celos y el temor. Necesita confianza y abandono. El matrimonio constituye una prisión».

El escepticismo en materia de matrimonio es una forma de pensamiento que les gusta poco a las mujeres solteras. La herejía metafísica puede divertir las; la herejía matrimonial tiene para su encantadoras narices un fuerte olor a azufre quemado.

Pero ¿cómo habría podido discutir Harriet con un semi-diós de brillantes pupilas, camisa entreabierta, delicado cuello y cabellos finos como seda dorada?

—Trabajemos en Zastrozzi—suspiraba, para cambiar de conversación.

Era una novela que componían entre los tres. Figuraban en ella el tirano allanero y cínico, el bandido justo, la heroica «elegantemente proporcionada, toda ternura y pureza». Escribiendo Zastrozzi, las horas pasaban agradablemente. Luego los sorprendía la noche. Elisabeth, hermana cómplice, abandonaba en la sombra a los ingenuos amantes.

Shelley y Harriet volvían enlazados por las praderas envueltas en vapores blanquecinos. En el bosquecillo cerca de las casas un viento ligero mecía delante de la luna las más altas ramas de los árboles. La anémonas, cerrando sus albas corolas, dejaban caer sus tallos fatigados; la melancolía del paisaje nocturno recordaba a Shelley la próxima vuelta a los claustros de Eton. Sintiendo a su

lado, palpitante, la compañía de su bella prima, encontrábase lleno de valor para una vida de combates y de apostolado.

III

En Octubre de 1810, M. Timothy llevó a su hijo a Oxford. El «miembro del Parlamento» estaba de excelente humor. Alojaba en su antigua posada, la del Caballo de Plomo. Allí estaba el hijo del antiguo dueño. Acababa de inscribir a un futuro Barón en el mismo colegio donde él había brillado. Tales ceremonias siempre agradan a un inglés. Y debían ser particularmente gratas al corazón pomposo de M. Timothy. Entró donde el librero Slatter e hizo abrir a su hijo un crédito ilimitado en libros.

—Mi hijo—anunció, presentando al muchacho de cabellos locos y ojos resplandecientes—mi hijo, señor Slatter, es literato. Ha escrito ya una novela (el famoso Zastrozzi) y si quiere imprimir algo supongo que Ud. lo dejará satisfacer ese capricho.

El colegio encantó a Shelley. Tener un dormitorio propio, estar libre, poder asistir o no a clases, entregarse a los trabajos que se han elegido, leer, escribir, pasearse tranquilamente, era combinar todo el encanto de la vida monástica con la independencia del espíritu filosófico. Así soñaba pasar la existencia entera.

De noche, en el gran hall, le tocó sentarse junto a un joven, recién llegado también, que después de presentarse «Jefferson Hogg», observó una gran reserva, como la exigían las costumbres en Oxford. Pero a la mitad de la comida, los dos vecinos, incapaces de guardar tan elegante silencio, se pusieron a hablar de sus lecturas.

—La mejor literatura poética de nuestro tiempo—dijo Shelley—es la alemana.

Hogg, con una sonrisa, objetó que a los alemanes les faltaba la naturalidad. Tanto romanticismo le cansaba.

—¿Qué literatura podría comparársele?

—La italiana—repuso Hogg.

Esta palabra despertó la impetuosidad de Shelley y le hizo prorrumpir en un discurso tan largo que los sirvientes pudieron quitar la mesa sin que los dos jóvenes lo advirtieran.

—¿Quiere Ud. subir a mi pieza?—propuso Hogg.—Allí continuaremos la discusión.

Shelley aceptó con entusiasmo; pero en la escalera perdió a la vez el hilo de su discurso y todo interés por la literatura alemana. Mientras Hogg encendía las velas, su huésped dijo de pronto, con calma, que no veía para qué seguir discutiendo, cuando ignoraba igualmente el alemán y el italiano y que sólo había hablado por hablar. Hogg repuso sonriendo que su indiferencia y su ignorancia eran iguales, y puso sobre una mesa una botella, vasos y bizcochos.

—Por lo demás—agregó Shelley—todas las literaturas no son sino palabre-

ría vana. ¿Para qué estudiar lenguas antiguas o modernas? ¡Cuánto más sabio sería conocer las cosas en sí mismas, en vez de darles nombres nuevos!

—¿Las cosas en sí mismas?—preguntó Hogg.—Pero ¿cómo?

—Mediante la química, por ejemplo.

Y más inspirado aún que con la literatura alemana, Shelley comenzó, con rostro iluminado, un discurso sobre el análisis químico, los nuevos descubrimientos de la física, la electricidad. Hogg, a quien estas cuestiones no interesaban, observó a su nuevo amigo. Perfectamente bien vestido, aún con lujo, pero con el traje en desorden, esbelto frágil, muy alto, parecía algo cargado de espaldas, porque siempre, en el fuego del entusiasmo, adelantaba mucho la cabeza para hablar. Sus ademanes parecían graciosos y violentos, tenía la tez rosada y blanca, como una mujer, la cabeza revuelta y ensortijada. Toda su fisonomía respiraba un fuego, una animación, una inteligencia sobrenaturales. Y la expresión moral no era menos extraordinaria que la expresión intelectual, por el aire de dulzura, delicadeza y ardor religioso que evocaba las figuras de los grandes frescos de Florencia.

Shelley hablaba siempre cuando sonó la hora. Lanzó un grito: ¡Mi curso de Mineralogía! Y voló por los corredores.

\* \* \*

Los dos jóvenes se hicieron inseparables. Todas las mañanas paseaban a pie: Shelley se portaba como un niño, corriendo por los senderos, saltando las acequias. Casi siempre llevaba revólver y balas y se entretenía en tirar al blanco en los árboles del camino. Si encontraba un estanque o un arroyo, echaba a navegar botecillos de papel y los seguía hasta su naufragio, mientras Hogg, exasperado, los aguardaba a la orilla.

Después, cuando subían al dormitorio, Shelley, agotado por su continuo gasto de energía, sentíase invadido por una modorra invencible. Tendíase junto a la chimenea, sobre unas pieles, y apolotonado allí, como un gato, se dormía. La enmarañada cabeza quedábale tan cerca de la llama que Hogg, temeroso de que el calor demasiado vivo le dañara, trataba de apartarlo, pero el dormido rodaba de nuevo hacia el hogar. Así pasaban tres y cuatro horas. Al despertar, frotábase los ojos con violencia, se alizaba los largos cabellos con la mano e inmediatamente se ponía a discutir algún punto de metafísica o a recitar versos con un entusiasmo casi penoso.

Almorzaban a las once: pero su comida no era nunca muy complicada. Hostil por principio a la carne, adoraba el pan. Siempre tenía los bolsillos llenos de él y cuando andaba iba mordisqueándolo, de tal manera que sus pasos quedaban marcados por un largo rastro de migas. Con el pan, su bocado favorito eran las uvas de Corinto y las peras secas que se compran en los puestos. Una comida regular, en la mesa, constituía para él suplicio intolerable y casi nunca lo soportaba hasta el fin.

Después de comer, sus discursos eran claros y penetrantes. Hablaba a Hogg

de su prima Harriet, a la cual escribía largas cartas en que los arrebatos de amor alternaban con la filosofía de Godwin, de su hermana Elisabeth, a la que pensaba casar con su amigo. O bien leía la última y solemne carta de M. Timothy, entrecortándola con grandes carcajadas.

A las dos de la mañana, Hogg, apesar de las protestas de su amigo, levantábase y se iba a acostar.

—¡Qué ser más raro!—pensaba, atravesando los largos corredores para llegar a su pieza.—La gracia de una niña, la pureza de una virgen que nunca ha salido de la casa paterna... Y sin embargo, una fuerza indomable... un alma de monje benedictino e ideas de «sans-culotte»...

Era en efecto una mezcla digna de reflexión. Pero Hogg Jefferson no gustaba de las meditaciones y su amigo Shelley le inspiraba siempre una invencible necesidad de dormir.

#### IV

Algunos días antes de Navidad, M. Timothy recibió una carta de un editor de Londres, M. Stockdale, que le comunicaba extraordinarias noticias de su hijo Percy. Stockdale tenía en su mesa el manuscrito de una novela «Santa Irvina o la Rosa-Cruz» lleno de las ideas más subversivas y el virtuoso comerciante veía con inquietud al hijo de un hombre tan respetable entrar por tan peligroso camino. Creía de su deber advertir al padre y, sobre todo, llamarle la atención hacia un mal consejero del joven Shelley, su camarada Jefferson Hogg, hijo de una buena familia tory del Norte de Inglaterra, pero falso de inteligencia, frío y peligroso.

M. Timothy comenzó por notificar a M. Stockdale que no pagaría un centavo por la impresión del libro, lo que aumentó vivamente las inquietudes metafísicas y doctrinales del librero. En seguida, en espera de su hijo, que debía llegar esa misma semana, por las vacaciones de Navidad, preparó uno de esos sermones incoherentes, sentimentales y amenazadores, solemnes y cómicos, género literario en que sentíase maestro.

Ningún razonamiento ha convencido jamás a nadie. Pero creer que un razonamiento de padre pueda cambiar las ideas de uu hijo constituye el colmo de la locura racionante. Shelley salió de esa conversación irritado contra la tontería doméstica, lleno de justo furor por la conducta indigna de M. Stockdale y más amigo que nunca de su camarada Jefferson Hogg.

La casa paterna, antes tan alegre, se vió entristecida. Mrs. Shelley recomendaba a sus hijas no frecuentar mucho a su hermano y las niñas le tomaron miedo. Por la fuerza de la costumbre continuábase preparando la fiesta de Pascua; pero nadie lo hacía con gusto y se organizaban lánguidamente esas pequeñas sorpresas tan agradables en una familia unida.

Sólo Elisabeth permanecía secretamente fiel a Percy. Por desgracia, veía que su admiración no era compartida ya por su prima Harriet, a quien hallaba cada vez más fría y extraña.

Las cartas que Harriet había recibido de Oxfor, llenas de disertaciones inflamadas y difíciles de seguir, la habían inquietado. Las citas de Godwin la aburrían en alto grado y le producían temor. Es raro que las mujeres bonitas gusten de las ideas peligrosas. La belleza, forma natural del orden, tiende por esencia a conservar. Sostiene la religión establecida, cuyas ceremonias realza, y Venus siempre ha sido el mejor agente de Júpiter.

La bella Harriet mostró las cartas sospechosas a su madre, luego, aconsejada por ésta, a su padre, quien declaró abominables sus doctrinas. En torno suyo se auguraba mal del porvenir del joven Shelley. ¿Podía casarse con un ente que se enajenaba todas las simpatías por su originalidad? A Harriet le gustaban la elegancia, los bailes del condado, la sociedad. ¿Qué sería su existencia con ese loco que nada respetaba, ni aun el matrimonio? Y también la religión merece respeto.

Antes de la llegada de Percy, las dos muchachas tuvieron discusiones violentas. Elisabeth defendía a su hermano. ¿Cómo podía Harriet comparar algunas vanas satisfacciones de amor propio con la dicha de pasar la existencia al lado del más maravilloso de los hombres?

—Consideras a tu hermano un sér muy singular—decíale Harriet.—Pero ¿estoy segura yo de que realmente lo sea tanto? Hemos vivido en el campo, somos muy ignorantes. Nuestros padres, el tuyo también, que es miembro del Parlamento, condenan las ideas de Percy. Admitamos que sea un genio. ¿Con qué derecho voy a iniciar con él una vida íntima que forzosamente terminará en desengaños cuando descubra cuán inferior soy a la idea que de mí se ha formado en su fantasía excitada? No me considero sino una pobre muchacha semejante a las otras. El me ha idealizado. Se sorprendería mucho si me conociera tal cual soy.

Semejante modestia era inquietante: el amor no razona tan bien.

Desde la llegada de Shelley, Elisabeth lo puso al corriente. El joven corrió donde su prima. La halló, como decía Elisabeth, fría y distante. No quería siquiera que Shelley se disculpara: sólo pedía que la dejara tranquila. Reprochábale su escepticismo universal.

—Pero en fin, Harriet—decía Shelley—es monstruoso que no pueda confesar las ideas a que he llegado por razonamientos evidentes. ¿En qué pueden mis creencias teológicas descalificarme como hermano, como amigo, como amante?

—Eh!—respondía Harriet—Ud. puede pensar lo que guste; no me importa mucho. Pero no me pida que una mi suerte con la suya.

Era la primera vez que Shelley descubría la indiferencia de las mujeres, esa sombra que cae tan de súbito como la noche en el corazón del Africa. Se marchó medio loco de dolor. A través de los bosques helados y desnudos, regresó lentamente a Field Place y, sin advertir siquiera que estaba cubierto de nieve, recorrió durante muchas horas de la noche aquel cementerio aldeano que había sido el teatro de sus amores juveniles. Volvió a su casa a las dos de la mañana, y acostóse colocando cerca del lecho un revólver cargado y variados venenos de su arsenal de química. Pero la idea del pesar que sentiría Elisabeth al verlo muerto le impidió el suicidio.

En la mañana, escribió a Hogg. Contra Harriet misma no manifestaba ningún resentimiento, ni aun contra M. Timothy o Mr. Grove. La única responsable de todo era la intolerancia.

«Amigo mío, juro—y si falto a mi juramento, que me castigue el infinito—juro no perdonar nunca la intolerancia. En principio no admito que nadie se vengue; pero en este caso me parece legítimo hacerlo. Cada uno de mis momentos libres lo dedicaré a esta misión. La intolerancia arruina la sociedad, alienta los prejuicios que rompen los más queridos, los más tiernos lazos. Oh! cómo querría ser el vengador, el que aplastará al demonio! el que lo precipitará al infierno para no dejarlo jamás salir, el que establecerá definitivamente la tolerancia universal.

«Espero satisfacer un poco este insaciable sentimiento en mis versos. Ya verás, ya oirás cómo me ha herido el monstruo. Ella no me pertenece ya! Ella me odia como escéptico, cuando ayer mismo ella también lo era! Oh! hipocresía! Si jamás te perdono esta última persecución, que el cielo me aniquile (si el cielo conoce la cólera)... Perdóname, querido amigo, temo que haya egoísmo en la pasión del amor, porque me parece a cada instante que me va a estallar el alma... Quiero rechazar ese sentimiento: es egoísta y no quiero sentir sino para los demás...»

Le quedaban 15 días que pasar en Field Place, tristes días durante los cuales debía vivir con un padre y una madre furiosos, entre niños inquietos. Harriet, a pesar de las invitaciones de Elisabeth, rehusaba volver a Field Place. Personas bien informadas anunciaban, con gran misterio, sus desposorios con un desconocido.

Para calmar su dolor mediante la dicha ajena, Shelley quería desposar a su hermana y a su amigo, que no se habían visto nunca. Enviaba Hogg versos de Elisabeth llenos de buenas intenciones, de odio a la intolerancia y de fallas gramaticales. «Todos son hermanos—cantaba Elisabeth, buena discípula—todos son hermanos, aún el negro de África encorvado bajo el azote de los ingleses de corazón duro...» Había escrito toda una elegía en semejante tono. En pago, Shelley le daba los poemas de Hogg, que declaraba «extremadamente hermosos» y donde él mismo figuraba como una joven encina y Harriet como la yedra que destruye al árbol después de haberlo enlazado.

—No has dicho—respondía Shelley—que la yedra, después de matar a la encina, va a enrollarse alrededor del pino cercano...

Este pino era M. Helyar, rico propietario, hombre de doctrinas sanas, creado expresamente por la providencia para llevar a su mujer a los bailes del condado. ¡Ella perdida para mí, ella casada... casada con un imbécil! Se va a poner tonta e insensible como él... ¡Cuántas bellas esperanzas perdidas! En fin, no hablemos más».

Habría querido invitar a Hogg a Field Place para que Elisabeth pudiera admirarlo por sí misma; pero M. Timothy recordaba las advertencias del editor sobre cierto ángel malo y no quiso consentir en la visita.

V

Poco después de estas tristes vacaciones, M. Slatter, el librero de Oxford a quien M. Timothy recomendara su hijo, vió entrar al joven Shelley, cabellos al viento y la camisa abierta. Llevaba un gran paquete de folletos. Quería que los vendieran a seis peniques y que los pusieran bien a la vista en la vitrina.

Inmediatamente, sin esperar al mozo, púsose él mismo a disponer las cosas, bajo la mirada paternal de M. Slatter, que lo dejaba hacer con esa benevolencia de los comerciantes de las ciudades universitarias para los muchachos bien provistos de dinero. Si hubiera mirado mejor, habríase aterrorizado ante los cargamentos de materias explosivas que su joven y aristocrático cliente le apilaba en la honorable vitrina. El título del folleto era el más escandaloso que pudiera exhibirse en una ciudad teológica y beata: «La Necesidad del Ateísmo». Estaba firmado con el nombre desconocido de Jeremías Stukeley, y si Mr. Slatter lo hubiera hojeado habría sentido aún más espanto ante la insolente lógica del tal Stukeley:

«Los sentidos son el origen de todo conocimiento». Por este axioma matemático empezaba el panfleto que, escrito en forma matemática, pretendía demostrar la imposibilidad de la existencia de Dios y terminaba orgullosamente con estas tres letras: Q. E. D., «quod erat demonstrandum». A Shelley, que no entendía nada de Matemáticas, esta fórmula mágica se le figuraba una especie de conjuro moderno para evocar la verdad. Aún cuando creía con ardor ferviente en un espíritu de bondad universal, creador de todas las cosas, en una vida futura y en una teología personal de Vicario Saboyano a la inglesa, la palabra «ateo» le complacía por su violencia. Gustábale lanzarla al rostro de los beatos. Recogía ese guante que le habían arrojado en Eton. Al coraje físico y moral que todo inglés posee, quería agregar el coraje intelectual: aquello debía formar escándalo, y castigar la inconstancia de la yedra intolerante que se enreda al pino cercano.

Hacia veinte minutos que La Necesidad del Ateísmo se ostentaba en la vidriera, cuando el reverendo John Walker, hombre de aspecto siniestro e inquisitorial, repelidor oficioso de un colegio mediocre, pasó delante de la librería y miró. ¡La Necesidad del Ateísmo! Sorprendido, ofendido, indignado, penetró en el almacén de Mr. Slatter:

—¡Señor, señor! ¿Qué significa esto?

—A fe mía, no lo he examinado.

—¡Necesidad del Ateísmo! El título sólo debiera advertirle. . .

—Ciertamente, ahora que Ud. me llama la atención. . .

—Ahora que yo le he llamado la atención, señor Slatter, debe retirar inmediatamente ese folleto y quemarlo en la cocina.

Mr. Walker carecía de autoridad para dar semejante orden; pero el librero se inclinó ante la autoridad religiosa y mandó llamar al joven Shelley.

—Siento mucho, estoy desolado—dijole—pero en su propio interés le aconsejo, me atrevo a recomendarle. . .

\* \* \*

La gran dificultad de la diplomacia paternal es que uno de los negociadores no quiere por ningún motivo romper; lo cual dificulta las sanciones. Ante semejante negativa, M. Timothy se quedó perplejo.

En el fondo no era mal hombre y creía en la potencia de una botella de buen Oporto. Resolvió ir a Londres e invitar a los rebeldes al hotel Miller, donde servían buen vino.

«Después de todo—decíase, esperando a los muchachos—hay que cogerlos con buenos modales y, aunque parezca ridículo, rebajarse hasta discutir con ellos... Un espíritu maduro y reflexivo domina sin dificultad a los filósofos de dieciocho años y se pueden evitar grandes desgracias con un discurso bien hecho. Percy, además, heredará al abuelo y debo hacerlo entrar en vereda.»

Mientras tanto, los jóvenes se dirigían al hotel Miller a pie, conversando entre mil bromas sobre el Diccionario Filosófico de Voltaire, en el cual Shelley celebraba sobre todo las burlas del viejo francés acerca de la intolerancia judía y las crueldades de Jehovah.

Cuando llegaron, Mr. Timothy recibió a Hogg con efusiva benevolencia; después, volviéndose a su hijo, le enderezó un sermón largo y confuso, lleno de gestos dramáticos. Shelley, en silencio, inclinóse al oído de su amigo y le preguntó:

—¿Qué te parece?

—No es tu padre, es Jehovah en persona—repuso Hogg.

Y los dos se echaron a reír.

—¿Qué tienes, Percy? ¿Estás enfermo, estás loco? ¿Por qué te ríes?—exclamó Mr. Timothy, alarmado.

Felizmente anunciaron la comida. Estuvo excelente y muy cordial. A los postres, M. Timothy mandó a su hijo por caballos de posta y emprendió la conquista de Hogg.

—Señor, Ud. es muy distinto de lo que me había imaginado. es un caballero agradable, modesto, razonable. Dígame ¿qué haré con mi pobre niño? ¿Está loco?

—Bastante.

—¿Y entonces?

—Debía haberse casado con su prima...

—¡Imposible! Si se lo propongo, seguramente lo rehusará.

—Si se lo ordena, convengo; pero déle la ocasión.

Mr. Timothy encontró buena la idea y cuando Shelley regresó, comenzó a elogiarse a sí mismo. Era muy respetado en la Cámara de los Comunes, respetado por toda la Cámara y especialmente por el «speaker» que le decía: «Señor Shelley, no sé qué haríamos sin Ud. «Lo querían mucho en el condado de Sussex, lo consideraban un excelente Juez de Paz... Y contó una larga historia de dos cazadores furtivos a quienes condenó y que, cuando salieron de la cárcel, fueron a darle las gracias.

Hogg no se explicó nunca el motivo por que los desdichados agradecieron al

Juez su condena, pues en ese momento, creyendo ya suficiente la dosis de oporto, Mr. Timothy abordó el punto esencial:

—Vamos a ver, ciertamente hay un Dios. . . Yo no tengo ninguna duda al respecto. ¿Y Ud., señor?

—Yo tampoco, señor.

—Cómo!—replica desconcertado—¿Ud. no tiene ninguna duda sobre la existencia de Dios? Yo podría demostrársela en un minuto.

Y sin esperar más contradicciones, exploró sus bolsillos, extrajo cartas, papeles, cuentas y al fin una hoja que empezó a leer, Shelley, inclinado, oía con grande atención.

Al cabo de un instante, dijo:

—Yo he leído eso en alguna parte.

—Sí—agregó Hogg—son los argumentos de Paley.

—Perfectamente—repuso Mr. Timothy—tienen razón Uds. son los argumentos de Paley. Los copié de su libro esta mañana, con mi propia letra; pero yo se los di a Paley; todo el libro de Paley es mío.

Y doblando la hoja, metiósela al bolsillo muy descontento. Su hijo lo miraba con mayor desprecio que nunca y la comida terminó sin ninguna reconciliación. Shelley rehusó seguir a su padre y su padre le negó el dinero. En cambio Hogg y Mr. Timothy quedaron muy amigos. Este encontró a aquél más humano que Percy, siempre crizado detrás de sus principios y de su infernal orgullo. Hogg, en cambio, declaró que el miembro del Parlamento tenía la elocuencia algo obscura, pero que era buen muchacho y muy hospitalario.

Algunos días más tarde, Hogg, demostró que tomaba la vida por el lado práctico reconciliándose con su padre, jefe de una vieja familia conservadora y bastante firme en sus principios para no tener que alarmarse tanto como el señor liberal de Field Place por las opiniones avanzadas. Aconsejó a su hijo que estudiara derecho y le encontró un empleo en el estudio de un abogado de York. Hogg abandonó a Shelley en su pieza de la calle de Polonia, en medio de las flores verdes y azules.